

»Esto es bastante poético.

»¡Pero bastante triste!

»Hasta muy pronto querida Juana.

»Dejamos la Suiza para volvernos á París.

»Al llegar mi primera visita será á tí, á menos que á consecuencia de circunstancias imprevistas te eternices en tu cotentin.

»Si piensas estarte aun mucho tiempo ahí, escribeme á París é insiste con energía para que mi madre me permita ir á pasar contigo unos días.

»Soy una agitada: necesito viajar y cambiar de aires.

»Saluda en mi nombre á tu madre, la mejor de las mujeres, y recibe Juana mía, media docena de besos.

»Tu amiga.

»FERNANDA.

»P. D. No te hablo de mi boda con nuestro primo de Sauves.

»El estado de mi alma no me permite pensar en cambiar de condición, en estos momentos al menos.

»El asunto está aplazado.

»Entretanto tendré el placer de asistir á la tuya y rogar al Todopoderoso porque en tu nuevo estado seas tan feliz como te mereces.

»¿Pero qué va á ser de la buena duquesa cuando ya no tenga á su Juanita para acompañarla?

»FERNANDA.»

XVI

Confesiones.

Llegaron los últimos días de setiembre.

La enferma de la calle de Anjou había entrado en el período de la convalecencia.

Las razones que la habían retenido por necesidad en el asilo que debía á un sentimiento caballeresco de su salvador, iban á cesar.

Ya había manifestado ella varias veces su deseo de abandonar la casa á la que la unían tantos lazos de agradecimiento; pero en cuanto abría la boca para expresar su deseo, el doctor Villers la paraba, diciendo:

—Todavía no.

El encanto de Teresa llegaba hasta el doctor.

Le parecía, como á su amigo el marqués de Sauves, que el día que la pobre enferma se marchara les faltaría algo muy íntimo al faltarle los cuidados que prodigaban á aquella cliente, con quien tantas atenciones había tenido y á quien con tanto interés cuidaba.

Una tarde iba á salir, cuando Teresa le preguntó:

—¿Y ahora, doctor?

—¿Queréis abandonarnos?

—Es preciso... ¿Me lo permitiréis al fin?

El anciano suspiró y dijo:

—¿Adónde iréis?

—A casa de mi madre,

—¿Y si está demasiado pobre para sosteneros?

—¡Necesito tan poco!—contestó Teresa.

En aquel momento entró el marqués.

Oyó el cambio de preguntas y respuestas, y dirigiéndose al doctor, preguntó:

—¿Quiere recobrar su libertad, eh?

—Sí.

—¿Y se la devolvéis?

—Ya no hay peligro.

—Bueno.

El doctor Villiers estrechó las manos de la joven entre las suyas, y salió.

Cuando el marqués quedó solo con la convaleciente, se sentó al lado de ella.

Teresa estaba tendida en una ancha butaca, envuelta en un peinador de lana gris claro, muy sencillo, enfrente del jardín, cuyos árboles empezaban á ponerse amarillos.

El joven la preguntó con voz un poco emocionada:

—¿De modo que vais á dejarnos?

—¿Puedo hacer otra cosa?

—¿No os encontraréis bien aquí?

Teresa trató de sonreír.

—En mi vida he estado tan bien—dijo.

Un suspiro se escapó de su pecho.

Al mismo tiempo se puso algo colorada.

—¿Por qué ese suspiro?—preguntó el marqués.—¿Teméis ser tan desgraciada como en el pasado?

La joven levantó los ojos al techo y no contestó.

—No debéis temerlo, á menos que no ten-

gáis confianza en mí. Si hubiérais venido á buscarme cuando estábais tan desesperada, yo os hubiese sostenido... ¿Por qué no lo hicisteis?

—¿Podía hacerlo?... ¿No era yo una desconocida para vos?

—No, puesto que el azar nos había acercado ya.

Y añadió en voz baja:

Y además, sois el prometido de la señorita de Corbiere, su pariente al menos, su amigo; veis á la condesa... y yo no quería que oyese hablar de mí, de mi miseria. Me odia y me desprecia... Tiene razón, sin duda... ¡Sin mí, su hijo viviría aun! ¡Qué de desgracias he causado por mi debilidad!

—¡Le amábais!

—¡Con toda mi alma! El había venido á mí con la sonrisa en los labios y con palabras de amor que me turbaron... Una noche entró en la pobre habitación en donde yo pensaba en él, desde que le había visto bajo mi ventana... Me aturdió con sus juramentos y perdí la razón... ¡He expiado cruelmente aquella hora de embriaguez!

Hubo un silencio.

El marqués clavaba sus ojos en los de la joven.

—Callaos—la dijo poniendo una mano sobre los labios de Teresa.—Olvidad el pasado. Las emociones no os convienen...

—¡Eh! ¿qué me importa?—dijo Teresa animándose.—Lo que yo quiero antes de abandonaros, es que no me juzgueis por lo que la se-

ñora de Corbière haya podido deciros. Escuchadme y sabreis toda la verdad.

Entonces le contó todo, su juventud, su pobreza, pero rodeada de la ternura de su madre y de sus hermanos, también de algunos amigos, del cazador de topos que la trataba como un abuelo hubiera tratado á su nieta:

—Mirad —añadió sacando los trescientos francos del bolsillo, donde los tenía envueltos en un papel,—tal vez no tuviera un céntimo más, y sin embargo me los dió cuando vino á verme. Tiene un corazón de oro, y los otros valen tanto como ese pobre hombre. Hubieran dado su sangre por mí. Se presentó el capitán. Ya no tuve corazón y miradas más que para él. ¡Estaba loca!

Le contó su falta, la terrible escena de la noche en que Rolando de Corbière había encontrado la muerte, el espanto que ella había sentido y la imposibilidad en que se había encontrado de socorrerle, no pudiendo por otra parte acusar á sus hermanos de un crimen y comprendiendo su indignación y su cólera; después sus angustias durante el proceso de Blois, su huida de la Boca del Lobo, la bondad del pintor que la había ayudado, sostenido durante sus meses de espera, su estancia en la calle del Echandé y su alumbramiento en el hospital, porque no tenía dinero ni socorro; por fin, la casualidad que la había conducido á Fontaine donde tenía á su hijo, su encuentro con el marqués, sus dificultades para encontrar una colocación, la innoble escena porque tuvo que abandonarla y su desesperación al con-

vencerse de que no podía vivir sin someterse á deshonrosas infamias.

Y añadió:

—El resto ya lo sabeis. Preferiría ganar el pan trabajando en las landas de nuestra Sologne á gozar de todo el lujo de Paris, comprandolo al precio de las vergüenzas que es preciso sufrir.

—¿Qué hareis, pués?

—Iré á buscar á mi hijo á casa de su nodriza y con él me arrojaré á los piés de mi madre. ¡Me quiere! ¡Me perdonará!

El marqués se quedó pensativo un momento y luego moviendo la cabeza dijo:

—No, no podeis ir á vuestra triste casa de la Boca del Lobo... por lo menos ahora... Eso es imposible.

—¿Por qué?

—Allí os agobiarian muchos recuerdos... Pasado algún tiempo más, puede ser... Y además, estariais demasiado lejos de...

Iba á decir «de mí.»

Temió herirla y repuso con viveza:

—De vuestro hijo.

—No se separará de mí más...

El marqués se sonrió.

—¿Por qué quitárselo á su nodriza que le cuida como una madre?

—¿Qué sabeis vos?

—Lo he visto.

—¿Cuándo?

—Hace unos dias.

—¡Ah!

—Yo conocía á la viuda Lapierre. Somos

amigos... Fui á verla... Tiene allí un hermoso niño que se llama Rolando, cuya madre hace algún tiempo que no da señales de vida... Tranquilicé á la nodriza como tranquilizo á la madre en este momento... Podeis estar tranquila. La nodriza no hechará de su casa á vuestro hijo, porque es una buena mujer que toma cariño á los niños que cria... y además porque no la debeis nada...

—¡La habeis pagado!

—Cien francos en cifras redondas.

—Pero...

—No es una gran generosidad, no os admiréis. Eso se pierde con una facilidad asombrosa en el ecarté, en el bacarrá ó en las carreras... Además yo no os lo doy, no os hago más que un simple anticipo...

—¿Podré devolveroslo?

—Ciertamente.

—¿Cómo?

—Voy á indicaros el medio.

Hablaban como dos amigos: el marqués parecía muy feliz. Había sin duda encontrado una idea que le ponía de buen humor.

Se apoderó de una de las manos de su enferma y la acarició entre las suyas.

Teresa unas veces estaba pálida otras se ponía colorada y se hubiera podido notar un ligero estremecimiento en todo su ser.

Pero no se atrevió á retirar su mano de entre las del marqués.

Le debía todo.

El marqués repuso con una satisfacción creciente,

—Escuchad mi plan. ¿Quereis ir á Solonge? ¿Ver á vuestra madre?

—Sí.

—Y á vuestro hermano, el marqués Pedro de Montarón, porque es marqués, vos lo sabeis, y de lo más auténtico.

—¡Pobre Pedro!—murmuró la joven.

—En fin, decís que quereis ir á la Boca del Lobo.

—Sí.

—Allí os convenceréis de que nadie os quiere mal—hablemos familiarmente—por lo ocurrido, que os quieren como siempre y que os han perdonado desde hace mucho tiempo.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Uno de vuestros grandes amigos... un excelente hombre, á quien he conocido cuando su viaje á París.

—¡El cazador de topos!—exclamó Teresa.

—El mismo. Tuve una larga conversación con él y me contó una porción de cosas.

—¿Entonces?

—Estoy seguro de que os quieren más que nunca.

—¿Iré pues?

—No me opongo... No tengo derecho á hacerlo... Os dejaré partir, pero con una condición...

—¿Cuál?

—El que al cabo de unos días—ocho por ejemplo—volveréis á París para entrar en una colocación en que he pensado para vos...

—¡Una colocación!—dijo Teresa con la pesadumbre de un recuerdo odioso.

—¡Oh! tranquilizaos; una colocación segura, tranquila, honrosa!

—¿Las hay?

—Seguramente; pero es preciso buscarlas, y á veces es imposible.

—¿Esa colocación será?

—En casa de una excelente señora, de una cierta edad, rica, y que dentro de pocos días estará desolada.

—¿Por qué?

—Se casa su hija, su hija única, una hermosa y buena joven, y la madre quedará en una soledad dolorosa para ella.

—¿Y habéis pensado?

—Que podría tomaros como señorita de compañía.

—¡Yo!

—¿Por qué no?

—¡Pensad, pues!... Después de lo que me ha sucedido...

El marqués se encogió de hombros.

—¡Una falta!... Pues bien; yo la confesaré por vos. No tenéis que atormentaros por ella, puesto que os digo que seré yo quien haga la confesión... Conozco á la duquesa.

—¿Es una duquesa?

—Auténtica, como vuestro hermano Pedro, el labrador, es marqués, vuestro hermano Guillermo es conde y así sucesivamente.

—Bien seguro que ellos no han pensado en ello.

—¡Oh, oh!—dijo de Sauves con aire de duda.—Esas son cosas que no se olvidan. Hablaba de la duquesa... Pues bien; yo haré la

confesión, y he aquí lo que me dirá hablando de vos: Que el que esté sin pecado la arroje la primera piedra.

—¿Creeis vos?...

—¡Me parece que la estoy oyendo, mi querida niña—añadió el marqués, tomando un tono paternal—á la señora de Reville.

—¿De Reville se llama?

—Sí; señora de Reville. La veré está misma noche.

—¿Dónde está?

—Llega hoy á París... La boda de su hija será dentro de ocho días... Entonces entraréis en su casa... Tenéis, pues, una semana de que disponer. Durante esa semana haréis una excursión á Fontaine para ver á vuestro hijo... mañana si queréis. En seguida os ireis á la Boca del Lobo á abrazar á vuestra madre y hermano... Después volveréis al hotel de Reville... Creo que os darán cien francos mensuales... Tendréis ratos de ocio... Os tratarán con mucha consideración y bondad, os respondo de ello... En fin, os concederán de cuando en cuando permiso para ir á Fontaine y, á fin de evitar los malos encuentros, tomareis un coche en Rambouillet para atravesar ese bosque donde hay guardas demasiados atrevidos. Además no os impedirán estudiar á vuestro gusto el dibujo y la pintura, para lo que teneis disposiciones admirables...

—¿Cómo lo sabeis?

—Por un pintor suizo á quien uno de estos últimos días he comprado una obra maestra.

—¿Krug?

—El mismo. El pobre diablo la tenía en casa de un comerciante de cuadros... ¡Pasé por allí!...

Una pequeña emoción vibró en el acento del marqués:

—Era vuestra imagen, Teresa; esto fué lo que me lo hizo notar. Fui á casa del artista. Llegué muy oportunamente. Se morían de hambre. Con un billete de mil francos, llevé la abundancia á la casa y traje un recuerdo que no volverá á salir de mi habitación. Todos hemos ganado... Ya veis que he arreglado bastante bien las cosas y que ya no es tan oscuro para vos el porvenir... ¿Es este vuestro parecer?

—Pero—murmuró la joven—esos son castillos en el aire... La duquesa no me admitirá.

El marqués se sonrió:

—¿Os gusta mi proyecto?—preguntó.

—¡Ay de mí!

—Y á mí me encanta.

—¿Por qué?

—¡Porque podré veros de cuando en cuando, hablaros!... Pues bien, he escrito á la duquesa, mi prima... La he hecho esa confesión que tanto trabajo os hubiera costado hacer á vos, y he aquí lo que me ha contestado.

Entregó á su enferma una cartita de papel satinado en la que la duquesa le decía:

«Mi querido Huberto:

«Con mucho gusto recibiré en mi casa á tu protegida.

»La pobre criatura ha sufrido mucho.

»Nosotros la consolaremos.»

Teresa leyó esto con los ojos húmedos y al devolversela al marqués le dijo:

—¡Ah! ¡que bueno y generoso sois!

La conversación duró diez minutos más.

El marqués no había soltado la mano de la joven. La llevó rápidamente á los labios y salió.

XVII

El perdón.

Tres días después, una joven vestida de luto, como una empleada de almacén que vá á su tarea, se apeaba de un coche en la estación de Lyon.

No llevaba por todo equipaje más que un saquito de cuero negro que contenía los objetos necesarios para su *toilette* durante una corta ausencia.

Iba acompañada de un hombre en toda la fuerza de la edad sencillamente vestido lo que le permitía pasar completamente desapercibido.

La acompañó hasta la puerta de la estación diciéndola:

—Diles que estén tranquilos; que he recibido carta de Guillermo; que todo va bien y abrazarlos en mi nombre.

—Sí, sí.

—Sobre todo á madre, porque tal vez dentro de poco tiempo no la tengamos ya...

—Te lo prometo.

—Y no temas nada. ¡Teresa mía. Si supieses que felices van á ser!

Ella se arrojó en los brazos de su compañero repitiendo.

—Sí, sí, se lo diré Juan.

—Y cuando vuelvas avísame. Saldré á esperarte.

—Conforme.

—Si me quedo en Paris es por causa tuya, por verte de cuando en cuando... De otro modo me volvería á Australia con Guillermo.

—¡Tal vez harías mejor! ¡Si te conocieran... si te prendieran!

El hizo un gesto de desden.

Dos agentes de policía que paseaban por la acera le miraban y hablaban entre ellos.

La joven se estremeció.

—¡Nos observan!—dijo.

Juan replicó.

—No tengas miedo. Es de tí de quien se ocupan.

Se acercaba la hora de la partida.

La viajera se arrojó por segunda vez al cuello de su hermano y le dijo al oído:

—Adiós, ten cuidado... Te escribiré dentro de tres ó cuatro días... Adiós.

—¡Dales un abrazo muy apretado!

—Sí.

Se separaron.

Juan la vió entrar en la estación y se volvió al coche. Al pasar por delante de los agentes de policía los miró de arriba á abajo, sin que ellos le dijeran una palabra.

Pero pudo oír que el de más edad decía á su compañero:

—¡Qué hermosa querida! Esa si que haría tu negocio, Cressonnet.

—¡Ya lo creo!

El coche se dirigió hacia Bolonia y el jardín de los Morard, donde Samson, que cada vez era más amigo de Juan Montaron, esperaba á este

para salir juntos á divertirse un rato por ser domingo.

Teresa había tomado un billete de segunda para Cour-Cheverny.

Tenia cuatro horas de tren, cuatro horas para recordar su pasado y pensar en su porvenir.

Del pasado tenía grabados en su memoria hasta los menores incidentes.

Y sin embargo la parecía que estaba lejos de ella, perdido en la bruma, medio borrado, con las lágrimas que había derramado y los agudos sufrimientos y humillaciones que había sufrido.

Se esforzaba por olvidar, por borrar de su memoria el retrato demasiado lisonjero, demasiado seductor del marqués de Sauves, para no pensar más que en su madre, en su hermano Pedro, en sus amigos de la Boca del Lobo, á quienes iba á ver, quienes la esperaban, sin duda, con impaciencia.

Llegó por fin á Blois.

Se cubrió la cara con un espeso velo para no ser reconocida en aquel país donde el proceso de sus hermanos la había dado una triste celebridad.

Nadie se fijó en ella.

El tren partió en seguida para Cour-Cheverny y muy pronto se apeaba Teresa en esta estacion.

Cuando salió de ella, vió á poca distancia de la puerta de salida una especie de tartana tirada por una yegua blanca, y al lado, en pie, á un aldeano con sombrero de anchas alas,

chaquetilla colorada desteñida y desfilachada.

Era el marqués, como le llamaba de Sauves, Pedro Montaron, el cultivador de la Boca del Lobo.

La joven corrió hacia él.

—¡Pedro!

—¡Teresa!

Se abrazaron.

—¡Monta!—dijo Pedro mostrándola el carruaje.—Démonos prisa. Nos esperan con impaciencia. El señor cura me ha prestado este vehículo. Tenemos viaje para tres horas largas. La Paloma anda poco.

La Paloma era la yegua, una de las que tenía Pedro para la labor.

Pocos minutos después, el vehículo del cura rodaba por un camino vecinal que acertaba la distancia una media legua.

Ya en marcha, empezaron las confidencias entre los dos hermanos.

—¿Y Marcelo?—preguntó Teresa.

—Esta mañana hemos recibido carta suya—dijo Pedro.—Debe ganar bastante dinero. Figúrate que envía seiscientos francos.

—¿Dónde está?

—¡Ah, eso no lo sé! Hemos tenido tantas desgracias! Y no quiere que se sepan. Podría perder su colocación y tú ya sabes ¡cuesta tanto trabajo encontrar otra para poder vivir!

Teresa suspiró.

Demasiado sabía eso ella.

—¿Pero no se le puede escribir?—preguntó.

—Sí, ya te diré... Puedes escribirle.. Se alegrará tanto de saber que has venido y que tie-

nes esperanzas de encontrar una buena colocación; pero no digas á nadie que le has escrito... Nos lo ha recomendado mucho.

Teresa contestó con gravedad:

—Haré lo que él quiera.

A cada sacudida, Teresa se agarraba á las cortinillas y Pedro decía con tono paternal:

—¡Despacio, Paloma!

El pobre animal continuaba su marcha pacífica, acostumbrada á los hoyos y carriles, y Pedro y Teresa seguían su conversación.

Cuando entraron en los bosques de la condesa de Corbiere, al atravesar la ancha avenida donde Juan había encontrado en acecho á Barasson, Pedro, indicando á su hermana uno de los fosos que allí habia, la dijo:

—¿Has oído hablar de la aventura del administrador? Pues ahí le echó Juan. Pitois, uno de los guardas fué quien le ayudó á salir y volver al castillo. Puedes figurarte la polvareda que se armó en el país; pero ya no se habla de ello... Todo el mundo dice que lo soñó, que había bebido demasiado... No le quieren.

—¿Y la condesa?

Ha vuelto á París. Parece ser que cada vez está más rabiosa.

Al pasar por delante del castillo, Teresa sintió que su corazón se henchía.

Pensaba en Rolando de Corbiere y en la noche siniestra en que había expirado sin volver á verle.

A partir de aquel momento, no pronunciaron una palabra más.

Pedro comprendía los dolorosos recuerdos de

que estaba poseida el alma de su hermana y respetaba aquel dolor.

Cuando el vehículo salió de los bosques de la Ferté, era ya casi de noche.

El carruaje atravesó el llano, despojado ya de su cosecha, y la Paloma relinchó de contenta al olfatear la cuadra.

Por fin llegaron á la Boca del Lobo, se vieron luces en la ventana de la casa y la puerta su abrió.

Magdalena se presentó en el umbral, bajó los tres escalones que había ante ella, y cogiendo á la viajera como á una niña entre sus nervudos brazos, la depositó en la cocina delante de su madre.

Teresa cayó de rodillas ante aquella pobre anciana, sorda y medio ciega ya.

Pero dos manos temblorosas buscaron el dulce rostro de la fugitiva, que lloraba á lágrima viva, y una voz conmovida la dijo:

—¡En mis brazos, pobre hija mía, en mis brazos!